

Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*

Ediciones Puntosur. Buenos Aires. 1991.

Los que estamos parados detrás del umbral de los noventa no dejamos de mirar con cierta "reverencia" aquellas tentadoras utopías de la "generación del sesenta". Pero esta sensación es aún más fuerte para quienes fueron sus fieles portadores y los participántes directos del escenario sesentista. Hoy, sin embargo, muchos de ellos, politólogos, sociólogos, historiadores, después de un largo ostracismo intelectual, emprendieron la necesaria y difícil tarea de interrogar-se acerca de su historia, de revisar bajo la lupa de los nuevos acontecimientos las "raíces de la desilusión".

El libro de Silvia Sigal es un buen ejemplo de ello, no sólo porque se propone una crónica de la intelectualidad progresista después de la caída del peronismo, sino y fundamentalmente porque busca responder cuál ha sido el lugar de los intelectuales, como modo de comprender el "trágico" desenlace de los setenta.

Sustentado sobre el esquema teórico de Pierre Bourdieu, realiza el trabajo desde una doble perspectiva de análisis, atenta por una parte a la relación entre campo cultural y campo político y, por la otra, a la figura específica de los intelectuales, conceptuando su hacer como los "discursos y prácticas que se apoyan en la posesión de un saber para legitimar pretensiones de intervención en la esfera social, ideológica o política. Ello induce a considerar como intelectuales, según la autora, a "aquellos letrados que combinan conocimiento con una responsabilidad social explícita o bien con una relación

con valores colectivos de una sociedad, identificable sea a través de los textos producidos, sea a través de la clasificación que otros actores hacen de ellos".¹

A partir de estas observaciones Sigal cree necesario realizar una mirada retrospectiva para identificar la presencia de los intelectuales en las organizaciones políticas e instituciones del estado. Así, hubo un momento en la historia argentina, en las décadas anteriores a 1880, en que el papel de los intelectuales fue "indisociable de la creación misma del Estado nacional y del diseño de una sociedad nueva". La creencia en el progreso indefinido cumplió la función de garante de la "unidad social", amenazada por la llegada masiva de extranjeros, y la educación fue el instrumento básico para la "argentinización" de las masas. Después de los festejos del Centenario y la crisis de la Primera Guerra Mundial surgieron nuevas corrientes intelectuales que buscaron otras respuestas a la crisis del modelo liberal fundado en el progreso indefinido. Los hombres de la Reforma Universitaria, bajo el impacto de la Revolución Rusa y en la creencia de la caducidad de las sociedades europeas, comenzaron a pensar un modelo sustitutivo de progreso que combinara "modernización y democratización del saber" por una parte, y por otra la unidad de los "hombres libres de América del Sud". Frente a un nacionalismo elitista tomaba cuerpo un nacionalismo integrador.

Hacia 1930, la Argentina se encontró ante una nueva crisis. No sólo resultó afectada la idea de un progreso indefinido, sino que, además, en palabras de la autora, "el exa-

1.- Págs. 19 y ss.

cerbado orgullo nacional, ..., sufrió su primera herida narcisista".² Se avanzó hacia un "nacionalismo integrista" ligado al resurgimiento de la iglesia y a los valores nacionales asociados a la herencia española, la religión y el mantenimiento del orden social.

A partir de entonces, cuando desaparece el consenso liberal sobre el progreso ilimitado, se organizaron al menos dos configuraciones que describen a quienes "fundan en el conocimiento una pretensión de acción sobre lo social":

1) El círculo de ideólogos nacionalistas-católicos que lograron de manera intermitente insertarse en la conducción del Estado.

2) El cuerpo universitario reformista que, durante décadas, conformó el perfil del "ciudadano progresista": "La Reforma fue la doctrina de los intelectuales liberales y progresistas de las clases medias". Las características de este sector de la intelectualidad, habiéndose apoyado en una institución como la Universidad, mantuvo una presencia autónoma frente al Estado y a los grandes partidos, replegándose a la esfera privada cuando el espacio universitario les era vedado.

Después del '55, la intelectualidad progresista, heredera de aquella tradición reformista, fue sacudida por los acontecimientos políticos y pudo proyectar un programa modernizador combinado con los principios reformistas, que abarcó tanto la esfera de lo estatal como de lo privado. Las pruebas cotidianas quedaban reflejadas en el ámbito universitario a través de la creación de centros de investigación, apertura de nuevas carreras como psicología o sociología, creación de EUDEBA (Editorial Universitaria de Buenos Aires), aumento de matrículas en las carreras humanistas, etc.

Sobre estos esfuerzos de reflujo innovador, se sumó la presencia en un ámbito que podríamos denominar para-universitario, de los grupos de estudios como el Colegio Libre de Estudios Superiores o grupos informales que tuvieron su origen en el estado de la universidad peronista, y que "constituyeron y se transformaron en un factor importante en la modernización de las universidades después del '55" (en la década del '60 se los bautizó como Universidades de las Catacumbas).

En el plano privado las iniciativas no fueron menos importantes. Allí se fueron organizando fuerzas y circuitos intelectuales, generando lo que la autora denomina "organizadores culturales" que se definían más por un "proyecto cultural que por una lógica de mercado". En este sentido cabe citar como ejemplo la Fundación Di Tella (1958), promotora tanto de vanguardias estéticas como de las ciencias sociales; el proyecto IDES (Instituto de Desarrollo Económico Social) (1960), el relanzamiento de la revista *Desarrollo Económico* (1958), o el Centro de Sociología Comparada, rebautizado Centro de Investigación Social, impulsado por Gino Germani (1966). La novedad de estos centros residía en el impulso a las "ciencias sociales", abordando como preocupaciones temáticas las cuestiones del desarrollo y la modernización.

Es en función de este proceso "innovador", que Sigal reconoce durante el primer lustro posperonista la conformación simultánea de dos respuestas de la actividad intelectual, de lo que había sido precedentemente la unidad reformista. La primera, fundada en nuevas identidades profesionales, cuya expresión más clara se encontraba en las Ciencias Sociales (que proponían una ruptura con el pensamiento social anterior)

2.- Pág. 78.

o en la precoz organización del psicoanálisis (Asociación Psicoanalítica Argentina). La segunda, se encuentra en formas de organización no institucionales, sino entramadas en el cine (de la llamada generación del sesenta), en el realismo del teatro independiente, en publicaciones de universitarios e intelectuales, que tenían como común denominador una producción ligada a la auto-crítica, a la problematización de la época peronista, al papel que jugaban en la sociedad, posturas que quedaban explicitadas en la revista *Contorno* (1954).

Estas dos modalidades marcaron una primera ruptura dentro de la intelectualidad, entre aquellos acusados de "cientificismo"³ (protegidos por la cápsula de su propio impulso de innovación) y entre una nueva intelectualidad crítica nacida a fines de los '50. La crítica, la duda, la sospecha, fueron los rasgos distintivos de quienes estableciendo un horizonte nuevo de debates, intervinieron en política de forma autónoma: Silvio Frondizi y Rodolfo Puiggrós, provenientes del marxismo, Jorge Abelardo Ramos, de la izquierda popular, Arturo Jauretche, del nacionalismo, J. J. Hernández Arregui, Fermín Chávez, Ismael Viñas, entre otros. Fruto de este movimiento fueron apareciendo periódicos donde alternaban análisis de la cultura y la situación política: *Contorno*, *Centro* o *Cuestiones de Filosofía*, *Situación*, *Soluciones*, *El Popular*, *Che*; época en que, inclusive, era visible el predominio del Partido Comunista en el espacio cultural de la izquierda y el progresismo.

Intelectuales sin partido o frágilmente encuadrados en los partidos comunistas y socialistas, trostkistas y ex-trostkistas, el grupo alrededor de la revista *Contorno* puede ser considerado como uno de los puntos de

partida, en tanto allí se encuentran los "síntomas de la busca de una identidad intelectual diferente". Críticos de la cultura liberal, sus escritores eran portadores de una doble ruptura. Por un lado, en relación al orden literario, "se oponían tanto a la generación dominante, 'paseísta', como al realismo clásico". Por otra parte, en el orden político, "se separaban del liberalismo más firmemente antiperonista pero también de los partidos de la izquierda tradicional". En fin, concluye la autora, *Contorno* terminaba rechazando dos bloques intelectuales considerados homogéneos.⁴ Pero al mismo tiempo que lo rechazaban, se sentían y se representaban como "los herederos de la nada" (Ismael Viñas), en la necesidad de empezar todo de nuevo, o como expresara Osiris Troiani "vivimos diez años suspendidos entre el cielo y la tierra. Hemos perdido nuestra juventud y somos un peso muerto sobre la de quienes vienen atrás".⁵ Se planteaba en consecuencia para la naciente intelectualidad, la necesidad de "echar raíces, combinando cielo y tierra". De la culpabilidad era necesario pasar a la responsabilidad. A la crisis de identidad le siguió una "puesta en disponibilidad ideológica", una apertura, la búsqueda de un lugar en la sociedad y en la política.

En este sentido la figura de Arturo Frondizi encarnó para gran parte de la intelectualidad progresista la posibilidad de llevar adelante un proyecto que pudiera enlazar acción intelectual y política de masas. Frondizi venía así a resolver su "puesta en disponibilidad", porque, apunta Sigal, unificaba principios ideológicos y creaba un terreno político donde los intelectuales encontraban un lugar perdido hacía mucho. Los hombres de *Contorno*, venían a constituir,

3.- Término utilizado por O. Varsavsky, en *Ciencia, Política y Cientificismo*, Centro Editor, 1975, citado en Silvia Sigal, op. cit., pág. 125.

4.- Pág. 134 y ss.

5.- Pág. 137.

así, el "puente entre dos periodos históricos y entre dos generaciones, exponen la desubicación, la busca de la misión social del intelectual y finalmente una salida".⁶

Después vino... la "traición" del gobierno "progresista y reformista" que alteró la historia de los intelectuales y la evolución de las izquierdas porque, expresa Sigal, "más que indignación ante un programa traicionado, hubo una redefinición sustancial del significado mismo de lo político". Pero no se volvió al punto de partida, el escenario ya era otro: a la modernización económica se sumaba la mutación cultural de las clases medias, la movilización política de los intelectuales y el panorama abierto por la Revolución Cubana.

La sociedad argentina había comenzado a vivir la expansión cultural de los *sixties*. Aparece, hacia 1960, *Primera Plana*, *Confirmado* y un sinnúmero de revistas, semanarios, editoriales, acontecimientos artísticos, etc., que a diferencia de lo que será en el '70, donde "todo era considerado político", era visible la escisión entre campo cultural y político. El espacio cultural, según la autora, "no estuvo dominado por la idea de la obra comprometida, o sea por la impugnación desde la ideología de principios culturalmente centrados".⁷ En consecuencia, se fue perfilando un intelectual insertado en valores culturales específicos y al mismo tiempo comprometido políticamente. Fueron por lo tanto "políticamente críticos y

culturalmente modernos". Pero, cabe aclarar, la distinción no se manifestó de forma nítida en todas las expresiones, como el caso de la revista *Pasado y Presente*, que trató de combinar modernidad cultural con una postura políticamente revolucionaria.

No puede soslayarse la importancia de la Revolución Cubana en el proceso político de la intelectualidad progresista. Cuba, expresa Sigal, se transformó en un "puente" entre las distintas corrientes: izquierda, nacionalismo y peronismo; puso a consideración el replanteo de temas cruciales como el lugar específico de los intelectuales, la relación entre teoría y voluntad de las masas, entre intelectuales y pueblo. La respuesta de los nacionalistas (marxistas o no) pasaba por promover la "conciencia del ser nacional", mientras que para los intelectuales de la izquierda marxista su destino se encontraba en la conducción revolucionaria del proletariado; pero entonces, ¿cómo resolver la cuestión de los obreros peronistas? Este problema, según la autora, fue la fuente de una ambigüedad que colocaba su identidad en suspenso.

Buena parte de esta intelectualidad marxista fue consolidando el camino que recorrerán las diferentes respuestas políticas durante la década siguiente: fue la escisión entre clase y partido, "entre combates sociales y combates políticos". ■

Alicia Serveto

6.- Pág. 156.

7.- Pág. 196.